

suficiente, hasta que, saliendo el día, se descubriesen las caras, y los afectos. Cuydò en este intermedio Gonzalo de Sandoval de que se curasse la herida de Narbaez: y Hernan Cortès, que acudia incansablemente à todas partes, y tenia en aquella su principal cuydado, se acercò à verle con algun recato, por no afligirle con su presencia; pero le descubrió el respecto de sus Soldados: Narbaez, bolviendole à mirar con semblante de hombre, que no acabava de conocer su fortuna, le dixo: *Tened en mucho, Señor Capitan, la dicha, que aveis conseguido en hazerme vuestro Prisionero. A que le respondió Cortès: De todo, Amigo, se deven las gracias à Dios: pero sin genero de vanidad os puedo asegurar, que pongo esta Vitoria, y vuestra prision entre las cosas menores, que se han obrado en esta Tierra.*

Respuesta de Cortès.

Resiste uno de los Torreones.

Allanale Juan Velazquez de Leon,

Prende à Salvatierra, y Velazquez el mozo.

Llevanse presos à la Vera Cruz Salvatierra y Narbaez.

Llegò entonces noticia, de que se resistia con obstinacion uno de los Torreones, donde se avian hecho fuertes el Capitan Salvatierra, y Diego Velazquez el mozo: deteniendo con su autoridad, y persuasiones à los Soldados, que se hallavan con ellos. Bolviò Cortès à subir las Gradass: hizoles intimar, que se rindiesen, ó serian tratados con todo el rigor de la Guerra: y viendolos refueltos à defenderse, ó capitular, dispuso (no sin alguna colera) que se disparasen al Torreón dos Piezas de Artilleria: y poco despues ordenò à los Artilleros, que levantassen la mira, y diessen la carga en lo alto del Edificio, mas para espantar, que para ofender. Assi lo executaron, y no fue necessaria mayor diligencia, para que saliesen muchos à pedir quartel: dexando libre la entrada de la Torre, que acabò de allanar Juan Velazquez de Leon, con una Esquadra de los suyos: prendiendo à los Capitanes Salvatierra, y Velazquez: enemigos declarados, de quien se podia temer, que aspirassen à ocupar el vacio de Narbaez: con que se declaró enteramente la Vitoria por Cortès. Murieron de su parte solo dos Soldados, y hubo algunos heridos, de los quales ay quien diga que murieron otros dos. En el Exercito contrario quedaron muertos quinze Soldados, un Alferrez, y un Capitan, y fue mucho mayor el numero de los heridos. Narbaez, y Salvatierra fueron llevados à la Vera Cruz con la guardia, que pareció necessaria. Que-

dò prisionero de Juan Velazquez de Leon, Diego Velazquez el mozo: y aunque le tenia justamente irritado con el lance de Zempoala, cuydò con particular asistancia de su cura, y regalo. Generosidad, en que mediò como intercessora la igualdad de la sangre, y como superior la nobleza del animo. Y todo esto quedò executado antes de amanecer. Notable Faccion! en que se midieron, por instantes, los aciertos de Cortès, y los desalumbamientos de Narbaez.

Al romper del Alva, llegaron los dos mil Chinantecas, que se avian prevenido; y aunque vinieron despues de la Vitoria, celebrò Cortès el Socorro, teniendole por oportuno, para que viesse los de Narbaez, que no le faltavan Amigos que le asistiesse. Miravan aquellos pobres Rendidos, con verguenza, y confusion, el estado en que se hallavan: diòles el dia con su ignominia en los ojos: vieron llegar este socorro, y conocieron las pocas fuerzas, con que se avia conseguido la Vitoria: maldecian la confianza de Narbaez: acusavan su descuido: y todo cedia en mayor estimacion de Cortès, cuya vigilancia, y ardimiento ponderavan con igual admiracion. Prerrogativa es del valor (en la Guerra particularmente) que no le aborrezcan los mismos, que le embidian: pueden sentir su fortuna los perdidosos; pero nunca desagravan al vencido las hazañas del Vencedor. Maxima, que se verificò en esta ocasion, porque cada uno (sin fiarse de los demás) se iba inclinando à mejorar de Capitan, y à seguir las Banderas de un Exercito, donde vencian, y medravan los Soldados. Avia entre los Prisioneros algunos Amigos de Cortès, muchos aficionados à su valor, y muchos à su liberalidad. Rompieron los Amigos el velo de la dissimulacion, dieron principio à sus aclamaciones, con que se declararon luego los aficionados, siguiendo à la mayor parte los demás. Permittiòse, que fuesse llegando à la presencia del nuevo Capitan: arrojaronse muchos à sus pies, si él no los detuviera con los brazos: dieron todos el nombre, haciendo pretension de ganar antigüedad en las listas: no hubo entre tantos uno que se quisiesse volver à la Isla de Cuba; y logró con esto Hernan Cortès el principal fruto de su Empresa; por que no deseava tanto

Como se hallavan los Rendidos.

Bien quito el valor con los mismos vencidos.

Vanse alistando en el Exercito de Cortès.

tanto

tanto vencer, como conquistar aquellos Españoles. Fue reconociendo los animos, y hallò en todos bastante sinceridad, pues ordenò luego, que se les bolviessen las Armas: accion, que resistieron algunos de sus Capitanes; pero no faltarian motivos à esta seguridad: siendo Amigos los que mas suponian entre aquella Gente, y estando allí los Chinantecas, que aseguravan su partido. Conocieron ellos el favor que recibian: aplaudieron esta confianza con nuevas aclamaciones, y él le hallò en breves horas con un Exercito, que passava ya de mil Españoles; presos los Enemigos, de quien se podia rezelar; con una Armada de onze Navios, y siete Ber-

Bolviessen las Armas.

Lo que mejorò sus fuerzas Cortès.

CAPITULO XI.

Pone Cortès en obediencia la Cavalleria de Narbaez, que andava en la Campaña: recibe noticia, de que avian tomado las Armas los Mexicanos contra los Españoles, que dexò en aquella Corte: marcha luego con su Exercito, y entra en ella sin oposicion.

La Cavalleria de Narbaez quedò en la Campaña.

Toma servicio en el Exercito.

NO se dexò ver aquella noche la Cavalleria de Narbaez, que pudiera embarazar mucho à Cortès, si huviera quedado en la disposicion, que pedia una Plaza de Armas en tan corta distancia del Enemigo. Pero allí se olvidaron todas las Reglas de la Milicia, y dado el yerro de la negligencia en un Capitan, ó se haze menos extraño lo que se dexò de advertir, ó pasan por consecuencias los absurdos. Valieronse de los Cavallos, para escapar los que duraron menos en la ocasion: y à la mañana se tuvo noticia de que andavan incorporados con los Batidores, que salieron la noche antes, formando un Cuerpo de hasta quatro Cavallos, que discurrían por la Campaña con señas de resistir. Diò poco rezelo esta novedad, y Hernan Cortès, antes de passar à terminos de mayor resolucion, nombrò al Maestre de Campo Christoval de Olid, y al Capitan Diego de Ordaz, para que fuesse à procurar reducirlos con suavidad; como lo executaron, y consiguieron à la primera insinuacion, de que serian admitidos en el Exercito con la misma gratitud, que sus Compañeros; cuyo

partido, y exemplar bastò para que viesse todos à rendirse, y tomar servicio con sus Armas, y Cavallos. Tratòse luego de curar los heridos, y alojar la gente, à que asistieron alegres, y officiosos el Cazique, y sus Zempoales: celebrando la victoria, y disponiendo el hospedage de sus Amigos, con un genero de regozijo interesado, en que, al parecer, respiravan de la fatiga, y servidumbre antecedente. No se descuydò Hernan Cortès en asegurarse de la Armada: punto esencial en aquella ocurrencia. Despachò, sin dilacion, al Capitan Francisco de Lugo, para que hiziesse poner en Tierra, y conducir à la Vera Cruz las Velas, Jarcias, y Timones de todos los Baxeles. Ordenò, que viniesse à Zempoala los Pilotos, y Marineros de Narbaez, y embiò de los suyos los que parecieron bastantes para la seguridad de los Buques: por cuyo Cabo fue un Maestre, que se llamava Pedro Cavallero: bastante ocupacion, para que le honrasse Bernal Diaz con Título de Almirante de la Mar.

Dispuso, que se bolviessen à su Provincia.

El conseqniti es credito del intentar.

Aplausos de Zempoales.

Asegurase Cortès de los Baxeles.

Demonstracion de los Caziques de el Contorno.

Error de los que niegan el vinculo de la palabra en los Reyes.

Disposiciones de la marcha.

Llega Carta de Pedro de Alvarado.

vincia los Chinantecas: agradeciendo el socorro, como si huviera servido; y despues se dieron algunos dias al descanso de la Gente, en los quales vinieron los Pueblos vezinos, y Caziques del Contorno à congratularse con los Españoles buenos, ò Teules manos, que así llamavan à los de Cortés. Bolvieron à revalidar su obediencia, y à ofrecer su amistad: acompañando esta demonstracion con varios presentes, y regalos; de que no poco se admiravan los de Narbaez: empezando à experimentar las mejoras del nuevo partido, en el agasajo, y seguridad de aquella Gente, que vieron poco antes escarmentada, y defabrida.

En todo este fervor de sucesos favorables traia Hernan Cortés à Mexico en el corazon: no se apartava un instante su memoria del riesgo en que dexò à Pedro de Alvarado, y sus Españoles: cuya defensa consistia unicamente en aquello poco que se podia fiar de la palabra que le diò Motezuma, de no hazer novedad en su ausencia: vinculo defacreditado en la soberana voluntad de los Reyes: porque algunos Estadistas le procuran defatar con varias soluciones: defendiendo, que no les obliga su observancia como à los Particulares; en cuyo dictamen pudo hallar entonces Hernan Cortés bastante razon de temer, sin aprobar con su rezelo esta Política irreverente: por ser lo mismo hallar falencia en las palabras de los Reyes, que apartar de los Principes la obligacion de Cavalleros.

Hecho el animo à bolverse luego, y no atreviendose à llevar consigo tanta Gente, por no desconfiar à Motezuma, ò remover los humores de su Corte, resolviò dividir el Exercito, y emplear alguna parte del en otras Conquistas. Nombro à Juan Velazquez de Leon, para que fuesse con docientos hombres à pacificar la Provincia de Panuco; y à Diego de Ordaz, para que se apartasse con otros docientos à poblar la de Guazacoalco: reservando para si poco mas de seiscientos Españoles: numero, que le pareció proporcionado, para entrar en la Corte con apariencias de modesto, sin olvidar las señas de Vencedor.

Pero al mismo tiempo, que se dava execucion à este designio, se ofreció novedad, que le obligò à tomar otra senda en sus disposiciones. Llegò Carta de

Pedro de Alvarado, en que le avisava, que avian tomado las Armas contra el los Mexicanos; y à pesar de Motezuma (que perseverava todavia en su Aloxamiento) le combatian con frequentes asaltos, y tanto numero de Gente, que se perderian sin remedio el, y todos los suyos, sino fuesen socorridos con brevedad. Vino con esta noticia un Soldado Español, y en su Escolta un Embaxador de Motezuma: cuya representacion fue; darle à entender, que no avia sido en su mano el reprimir à sus Vassallos: ponerle delante lo que padecia su autoridad con los Amotinados: asegurarle, que no se apartaria de Pedro de Alvarado, y sus Españoles: ultimamente, llamarle à su Corte para el remedio; fuesse de la misma sedicion, ò fuesse del peligro, en que se hallavan aquellos Españoles; que uno, y otro arguye confianza, y sinceridad.

No fue necesario poner en consulta la resolucion, que se devia tomar en este caso, porque se adelantò el voto comun de los Capitanes, y Soldados à mirar como empeño inexcusable la Jornada: pasando algunos à tener por oportuno, y de buen presagio, un accidente, que les servia de pretexto para escusar la defunion de sus Fuerzas, y bolver con todo el Gruesso à la Corte; de cuya reduccion devian tomar su principio las demàs Conquistas. Nombro luego Hernan Cortés por Governador de la Vera Cruz, como Teniente de Gonzalo de Sandoval, à Rodrigo Rangel, persona de cuya inteligencia, y cuydado pudo fiar la seguridad de los Prisioneros, y la conservacion de los Aliados. Hizo que passasse muestra su Exercito, y dexando en aquella Plaza la guarnicion, que pareció necesaria; y bastante seguridad en los Baxeles, hallò que constava de mil Infantes, y cien Cavallos. Dividiòse la marcha en diferentes Verdades, por no incomodar los Pueblos, ò por facilitar la provision de los Viveres: señalòse por Plaza de Armas un Parage, conocido cerca de Tlascala, donde pareció que devian entrar unidos, y ordenados. Y aunque fueron delante algunos Comissarios à tener bastecidos los Transitos, no bastò su diligencia para que dexassen de padecer los que iban fuera del camino principal, algunos ratos de hambre, y sed intolerable. Fatiga, que sufrieron los de Narbaez, sin descaecer, ni murmurar: siendo aquellos mis-

Avifa de la inquietuden de Mexico.

Avifo de Motezuma à Cortés.

Parte Cortés à Mexico con toda la Gente.

Rodrigo Rangel queda en la Vera Cruz.

Passa muestra el Exercito de Cortés.

Constancia de los de Narbaez.

Avifa Cortés de su marcha à Pedro de Alvarado.

Llega el Exercito à Tlascala.

Asistencias que ofreció Tlascala.

que se disponian à seguirle: contraponiendo à las instancias del Senado algunas razones aparentes, que en la sustancia venian à ser pretextos contra pretextos. Pero admitió hasta dos mil hombres de buena calidad, con sus Capitanes, ò Cabos de Quadrillas, los quales figuieron su marcha, y fueron de servicio en las ocasiones siguientes. Levò esta Gente, por dar mayor seguridad à su Empresa, ò mantener la confianza de los Tlascaltecas, acreditados ya de valientes contra los Mexicanos: y no levò mayor numero, por no escandalizar à Motezuma, ò poner en desesperacion à los Rebeldes. Era su intento entrar en Mexico de paz, y ver si podia reducir aquel Pueblo, con los remedios moderados, sin acordarse por entonces de su irritacion, ni discurrir en el castigo de los culpados; si ya no queria que fuesse primero la quietud; por ser dos cosas, que se consiguen mal à un mismo tiempo, el sosiego de la sedicion, y el escarmiento de los sediciosos.

Antes de partir, respondiò Hernan Cortés por escrito à Pedro de Alvarado, y por su Embaxador à Motezuma: dandoles cuenta de su Vitoria, de su buelta, y del aumento de su Exercito: al uno, para que se alentasse, con esperanza de mayor socorro; y al otro, para que no estrañasse verle con tantas Fuerzas, quando los tumultos de su Corte le obligavan à no dividir las. Procurò medir el tiempo con la necesidad: alargò las marchas quanto pudo: estrechò las horas al descanso, hallandole su actividad en su mismo trabajo. Hizo alguna mansion en la Plaza de Armas, para recoger la Gente, que venia extraviada: y ultimamente llegó à Tlascala en diez y siete de Junio, con todo el Exercito puesto en orden: cuya entrada fue luzida, y festejada. Magistrazin hospedò à Cortés en su Casa: los demàs hallaron comodidad, obsequio, y regalo en su Aloxamiento. Andava en los Tlascaltecas mal encubierto el odio de los Mexicanos, con el amor de los Españoles: referian su Conspiracion, y el aprieto en que se hallava Pedro de Alvarado, con circunstancias de mas afectacion, que certidumbre: ponderavan el atrevimiento, y la poca fè de aquella Nacion: provocando los animos à la venganza: y mezclando con poco artificio el avisar, y el influir. Culpas encarecidas con zelo sospechoso, y verdades en boca del Enemigo, que se introducen como informes para declinar en acusaciones.

Resolviò el Senado hazer un esfuerzo grande, y convocar todas sus Milicias, para que asistiesen à Cortés en esta ocasion; no sin alguna razon de Estado, mejor entendida, que recatada: porque deseavan arrimar su interes à la causa del Amigo, y servirle de sus Fuerzas, para destruir de una vez la Nacion dominante, que tanto aborrecian. Conociòse facilmente su intencion, y Hernan Cortés, con señas de agradecido, y li-songeado, reprimió el orgullo, con

que se disponian à seguirle: contraponiendo à las instancias del Senado algunas razones aparentes, que en la sustancia venian à ser pretextos contra pretextos. Pero admitió hasta dos mil hombres de buena calidad, con sus Capitanes, ò Cabos de Quadrillas, los quales figuieron su marcha, y fueron de servicio en las ocasiones siguientes. Levò esta Gente, por dar mayor seguridad à su Empresa, ò mantener la confianza de los Tlascaltecas, acreditados ya de valientes contra los Mexicanos: y no levò mayor numero, por no escandalizar à Motezuma, ò poner en desesperacion à los Rebeldes. Era su intento entrar en Mexico de paz, y ver si podia reducir aquel Pueblo, con los remedios moderados, sin acordarse por entonces de su irritacion, ni discurrir en el castigo de los culpados; si ya no queria que fuesse primero la quietud; por ser dos cosas, que se consiguen mal à un mismo tiempo, el sosiego de la sedicion, y el escarmiento de los sediciosos.

Llegò à Mexico dia de San Juan, sin aver hallado en el camino mas embarazo, que la variedad, y discordancia de las noticias. Passò el Exercito la Laguna sin oposicion, aunque no faltaron señas, que hiziesen novedad en el cuydado. Hallaronse defechos, y abrasados los dos Bergantines de fabrica Española: desertos los Arrabales, y el Barrio de la entrada: rotos los Puentes, que servian à la comunicacion de las calles: y todo en un silencio, que parecia cauteloso. Indicios, que obligaron à caminar poco à poco: suspendiendo los abances, y ocupando la Infanteria lo que dexavan reconocido los Cavallos. Durò este rezelo, hasta que descubriendo el Socorro los Españoles, que asistian à Motezuma, levantaron el grito, y aseguraron la marcha. Baxò con ellos Pedro de Alvarado à la Puerta del Aloxamiento, y se celebrò la comun felicidad con igual regozijo. Viçtoresavanse unos à otros en vez de saludarse, todos hablaban, y todos se interrumpian: dixeron mucho los brazos, y las mediasrazones: eloquencias del contento, en que significan mas las voces, que las palabras.

Saliò Motezuma con algunos de sus Criados hasta el primer Patio, donde recibió à Cortés, tan copiosa de afectos

Admite Cortés dos mil Tlascaltecas.

Desa entrar de paz en Mexico.

Entra en Mexico sin oposicion.

Recibimiento de Cortés.

Demonstraciones de Motezuma.

fu alegría, que tocò en exceso, y se llevó tras sí la Magestad. Es cierto (y nadie lo niega) que deseava su venida, porque ya necesitava de sus Fuerzas, y Consejo, para reprimir à los suyos, ó por la misma privacion, en que se hallava de aquel genero de libertad, que le permitia Cortès: dexandole salir à sus divertimientos. Licencia de que no quiso usar en todo el tiempo de su ausencia: siendo cierto, que ya consistia su prision en la fuerza de su palabra: cuyo desempeño le obligò à no desviarse de los Españoles en aquella turbacion de su Republica.

Fuerza que le hizo su palabra.

Imputan à Cortès, que le recibió con desabrimiento.

Bernal Diaz del Castillo dize, que correspondió Hernan Cortès con desabrimiento à esta demonstracion de Motezuma: que le torció el rostro, y se retirò à su Quarto, sin visitarle, ni dexarse visitar: que dixo contra el algunas palabras descompuestas delante de sus mismos Criados: y añade, como de proprio dictamen: *Que por tener consigo tantos Españoles, hablaban tan agrado, y descomedido.* Terminos son de su Historia. Y Antonio de Herrera le defautoriza mas en la fuya: porque se vale de su misma confession para comprobar su desacierto, con estas palabras: *Muchos han dicho aver oido dezir à Hernando Cortès: Que si, en llegando, visitara à Motezuma, sus cosas pasaran bien, y que lo dexò, estimandole en poco, por hallarse tan poderoso.* Y trae à este proposito un lugar de Cornelio Tacito, cuya substancia es, que los sucesos prosperos hazen insolentes à los grandes Capitanes. No lo dize assi Francisco Lopez de Gomara, ni el mismo Hernan

Cortès en la segunda Relacion de su Jornada; que pudiera tocarlo, para dar los motivos que le obligaron à semejante aspereza; tuviese razon, ó fuese disculpa. Quede al arbitrio de la sinceridad, el credito, que se deve à los Autores; y seanos licito dudar en Cortès una sin razon tan fuera de proposito. Los mismos Herrera, y Castillo asientan, que Motezuma resistió esta sedicion de sus Vasallos: que los detuvo, y reprimió siempre: que intentaron asaltar el Quartel: y que sino fuera por la sombra de su autoridad, hubieran perecido infaliblemente Pedro de Alvarado, y los suyos. Nadie niega, que Cortès lo llevó entendido assi; ni le hallarle cumpliendo su palabra le dexava razon de dudar: siendo fuera de toda proporcion, que aquel Principe moviese las Armas, que detenia; y se dexasse estar cerca de que intentava destruir. Accion parece indigna de Cortès el despreciarle, quando podia llegar el caso de averle menester, y no era de su genio la destemplanza, que se le atribuye, como efecto de la prosperidad. Puede creerse (ó sospechar à lo menos) que Antonio de Herrera entrò con poco fundamento en esta noticia: reincidiendo en los Manuscritos de Bernal Diaz, apasionado interprete de Cortès: y pudo ser, que se inclinasse à seguir su opinion, por lograr la sentencia de Tacito. Ambicion peligrosa en los Historiadores: porque suele torcerse, ó ladearse la narracion, para que vengan à proposito las Margenes: y no es de todos entenderse à un tiempo con la verdad, y con la erudicion.

No es verisimil.

Peligros de la erudicion en las Margenes.

C A P I T U L O XII.

Dase noticia de los motivos, que tuvieron los Mexicanos para tomar las Armas: sale Diego de Ordaz con algunas Companias à reconocer la Ciudad. Da en una Zelada, que temian prevenida, y Hernan Cortès resuelve la Guerra.

Ardid de los Amorinados.

DoS, ó tres dias antes, que llegasse à Mexico el Exercito de Cortès, se retiraron los Rebeldes à la otra parte de la Ciudad: cessando en sus hostilidades cabilosamente, segun lo

que se pudo inferir del suceso. Hallábanse asegurados en el exceso de sus fuerzas, y orgullosos de aver muerto en los Combates passados tres, ó quatro Españoles: caso extraordinario, en que ad-

adquirieron (à costa de mucha gente) nueva ofiada, ó mayor insolencia. Supieron que venia Cortès; y no pudieron ignorar lo que avia crecido su Exercito; pero estuvieron tan lexos de temerle, que hizieron aquel ademan de retirarse, para dexarle franca la entrada, y acabar con todos los Españoles despues de tenerlos juntos en la Ciudad. No se llegó à penetrar entonces este designio; aunque se tuvo por ardid la retirada: y pocas vezes se engaña, quien discurre con malicia en las acciones del Enemigo.

Alojase el Exercito.

Informase Cortès de Alvarado.

Discurrese con variedad en el origen de esta Sedicion.

Alojose todo el Exercito en el recinto del mismo Quartel, donde cupieron Españoles, y Tlascaltecas, con bastante comodidad: distribuyéronse las Guardias, y las Centinelas, segun el rezelo, à que obligava una Guerra, que avia cessado sin ocasion: y Hernan Cortès se apartò con Pedro de Alvarado, para inquirir el origen de aquella Sedicion, y passar à los remedios con noticia de la causa. Hallamos en este punto la misma variedad en que otras vezes ha tropezado el curso de la Pluma. Dizen unos, que las inteligencias de Narbaez consiguieron esta Conjuracion del Pueblo Mexicano: y otros que dispuso el Motin, y le fomentò Motezuma, con ansia de su libertad: en que no es necesario detenernos; pues se ha visto ya el poco fundamento, con que se atribuyeron à Narbaez, estas negociaciones ocultas: y queda bastantemente defendido Motezuma de semejante inconsequencia. Dieron algunos el principio de la Conspiracion à la fidelidad de los Mexicanos: refiriendo, que tomaron las Armas, para sacar de opresion à su Rey: dictamen, que se acerca mas à la razon, que à la verdad. Otros atribuyeron este rompimiento al Gremio de los Sacerdotes, y no sin alguna probabilidad: porque anduvieron mezclados en el Tumulto: publicando à vezes las amenazas de sus Dioses: y enfureciendo à los demás con aquel mismo Furor, que los disponia, para recibir sus respuestas. Repetian ellos lo que hablava el Demonio en sus Idolos: y aunque no fue suyo el primer movimiento, tuvieron eficacia, y actividad, para irritar los animos, y mantener la Sedicion.

Impostura de los Escritores Forasteros.

Los Escritores Forasteros se apartan mas de lo verisimil; poniendo el origen, y los motivos de aquella turbacion,

entre las atrocidades, con que procuran desacreditar à los Españoles, en la Conquista de las Indias: y lo peor es, que apoyan su malignidad, citando al Padre Fray Bartolomé de las Casas, ó Casaus, que fue despues Obispo de Chiapa: cuyas palabras copian, y traducen: dandonos con el argumento de Autor nuestro, y testigo calificado. Lo que dexò escrito, y anda en sus obras es, que los Mexicanos dispusieron un Baile publico (de aquellos que llamavan Mitotes) para divertir, ó festejar à Motezuma: y que Pedro de Alvarado viendo las Joyas de que iban adornados, convocò su Gente, y embistió con ellos, haziendolos pedazos, para quitarfelas: en cuyo miserable despojo, dize, que fueron passados à cuchillo mas de dos mil hombres de la Nobleza Mexicana: con que dexa la Conspiracion en terminos de justa venganza. Notable despropósito de accion, en que haze falta lo congruente, y lo posible. Solicitava entonces este Prelado el alivio de los Indios, y encareciendo lo que padecian, cuydò menos de la verdad, que de la ponderacion. Los mas de nuestros Escritores le convencen de mal informado en esta, y otras enormidades, que dexò escritas contra los Españoles. Dicha es hallarle impugnado, para entendernos mejor con el respecto que se deve à su Dignidad.

Alegan por su parte al Obispo de Chiapa.

Juizio de su opinion.

El origen verdadero de la Conspiracion.

Pero lo cierto fue, que Pedro de Alvarado, poco despues que se apartò de Mexico Hernan Cortès, reconociò en los Nobles de aquella Corte menos atencion, ó menos agrado; cuya novedad le obligò à vivir cuydadoso, y velar sobre sus acciones. Valióse de algunos Confidentes, que observassen lo que passava en la Ciudad. Supo, que andava la Gente inquieta, y misteriosa: y que se hazian juntas en Casas particulares, con un genero de recato mal seguro, que ocultava el intento, y descubria la intencion. Diò calor à sus inteligencias, y consiguió con ellas la noticia evidente de una Conjuracion, que se iba forjando contra los Españoles: porque ganó algunos de los mismos Conjurados, que venian con los avisos: aseando la Traicion, sin olvidar el interes. Ibase acercando una fiesta muy solemne de sus Idolos, que celebravan con aquellos Bayles publicos, mezcla de Nobleza, y Plebe, y conmocion de toda la Ciudad.

Fiesta de sus Idolos.

dad. Eligieron este dia para su Faccion: suponiendo, que se podrian juntar descubiertamente, sin que hiziese novedad. Era su intento dar principio al Bayle, para convocar el Pueblo, y llevarsele tras si, con la diligencia de apellidar la libertad de su Rey, y la defensa de sus Dioses: reservando para entonces el publicar la Conjuracion, por no aventurar el secreto, fiandose anticipadamente de la muchedumbre: y à la verdad, no lo tenian mal discurrido: que pocas vezes falta el ingenio à la maldad.

Motivos de Alvarado.

Vinieron, la mañana precedente al dia señalado, algunos de los Promovedores del Motin, à verse con Pedro de Alvarado, y le pidieron licencia para celebrar su Festividad: rendimiento afectado con que procuraron deslumbrarle: y el, mal asegurado todavia en su zelo, se la concedió con calidad, que no llevasen Armas, ni se hiziesen sacrificios de sangre humana: pero aquella misma noche supo, que andavan muy folicitos, escondiendo las Armas, en el Barrio mas vezino al Templo: noticia, que no le dexò, que dudar, y le diò motivo para discurrir en una temeridad, que tuvo sus apariencias de remedio; y lo pudiera ser, si se aplicara con la devida moderacion. Resolvió asfaltarlos en el principio de su Fiesta, sin dexarles lugar para que tomassen las Armas, ni levantassen el Pueblo: y asilo puso en execucion: saliendo à la hora señalada con cinquenta de los suyos, y dando à entender, que le llevaba la curiosidad, ò el divertimento. Hallò los entregados à la embriaguez, y embueltos en el regozijo cauteloso, de que se iba formando la traycion. Embistió con ellos, y los atropellò, con poca, ò ninguna resistencia: hiriendo, y matando algunos, que no pudieron huir, ò tardaron mas en arrojar se por las Cercas, y Ventanas del Adoratorio. Su intento fue castigarlos, y defunirlos, lo qual se consiguió sin dificultad, pero no sin desorden: porque los Españoles despojaron de sus Joyas à los heridos, y à los muertos. Licencia mal reprimida entonces, y siempre dificultosa de reprimir en los Soldados, quando se hallan con la Espada en la mano, y el oro à la vista.

Culpa de Pedro de Alvarado.

Dispuso esta Faccion Pedro de Alvarado con mas ardor, que providencia. Retiròse con desahogos de vencedor, sin dar à entender al concurso popular

los motivos de su enojo. Deviera publicar entonces la Traicion, que prevenian contra el aquellos Nobles: manifestar las Armas, que tenian escondidas, ò hazer algo de su parte, para ganar contra ellos el voto de la Plebe, facil siempre de mover contra la Nobleza: pero bolvió satisfecho de que avia sido justo el castigo, y conveniente la resolucion; ò no conoció lo que importan al acierto los adornos de la Razon. Y aquel Pueblo, que ignorava la provocacion, y vió el estrago de los suyos, y el despojo de las Joyas, atribuyó à la codicia todo el hecho, y quedó tan irritado, que tomó luego las Armas, y dió Cuerpo formidable à la Sedicion: hallandose dentro del Tumulto, con poca, ò ninguna diligencia de los primeros Conjurados.

Irritacion del Pueblo Mexicano.

Reprehendiò Hernan Cortès à Pedro de Alvarado, por el arrojamiento, y falta de consideracion, con que aventurò la mayor parte de sus Fuerzas, en dia de tanta conmocion: dexando el Quartel, y su primer cuidado al arbitrio de los accidentes, que podian sobrevenir. Sintió, que recatasse à Motezuma los primeros lances de aquella inquietud: porque no se fió del, hasta que le vió à su lado en la ocasion: y deviera comunicarle sus rezelos; quando no para valer se de su autoridad, para fonder su animo, y saber si le dexava seguro con tan poca guarnicion: lo qual fue lo mismo, que bolver las espaldas al Enemigo, de quien mas se devia rezelar: culpò la inadvertencia de no justificar à vezes con el Pueblo, y con los mismos Delinquentes una resolucion de tan violenta exterioridad. De que se conoce, que no huvo en el hecho, ni en sus motivos, ò circunstancias, la maldad, que le imputaron; porque no se contentara Hernan Cortès con reprehender solamente un delito de semejante atrocidad; ni perdiera la ocasion de castigarle (ò prenderle por lo menos) para introducir la paz con este genero de satisfacion. Antes hallamos, que le propuso el mismo Alvarado su prision, como uno de los medios, que podrian facilitar la reduccion de aquella Gente; y no vino en ello, porque le pareció camino mas real servir se de la razon, que tuvo el mismo Alvarado contra los primeros Amotinados, para desengañar el Pueblo, y enflaquecer la Faccion de los Nobles.

Propone Alvarado su prision.

No

Salie Diego de Ordaz à reconocer la Ciudad.

Descubre la multitud de los Enemigos.

Haze gran daño al Enemigo.

No se dexaron ver aquella tarde los Rebeldes, ni despues huvo accidente, que turbasse la quietud de la noche. Llegò la mañana, y viendo Hernan Cortès, que durava el silencio del Enemigo, con señas de cabilacion; porque no parecia un hombre por las calles, ni en todo lo que se alcanzava con la vista, dispuso que saliese Diego de Ordaz à reconocer la Ciudad, y apurar el fondo à este misterio. Llevò quatrocientos hombres Españoles, y Tlascaltècas; marchò con buena orden por la calle principal; y à poca distancia descubrió una tropa de Gente armada, que le arrojaron, al parecer, los Enemigos para cebarle. Y abanzando entonces, con animo de hazer algunos Prisioneros, para tomar lengua, descubrió un Exercito de innumerable muchedumbre, que le buscava por la frente: y otro à las espaldas, que tenian oculto en las calles de los lados, cerrando el passo à la retirada. Embistieronle unos, y otros con igual ferocidad al mismo tiempo, que se dexò ver en las Ventanas, y Azuteas de las casas, tercer Exercito de Gente popular, que cerrava tambien el camino de la respiracion: llenando el ayre de piedras, y armas arrojadas.

Pero Diego de Ordaz, que necesitò de su valor, y experiencia, para juntar en este conflicto el desahogo con la celeridad, formò, y dividió su Esquadron, segun el Terreno: dando segunda frente à la Retaguardia; Picas, y Espadas contra las dos avenidas; y Bocas de fuego contra las ofensas de arriba. No le fue posible avisar à Cortès del aprieto en que se hallava; ni el, sin esta noticia tuvo por necesario el focorrelle: quando le suponía con bastantes fuerzas para executar la orden que llevaba. Pero durò poco el calor de la Batalla: porque los Indios embistieron tumultuariamente, y anegados en su mismo numero, se impedían el uso de las Armas: perdiendo tantos la vida en el primer acometimiento, que se reduxeron los demás à distancia, que ni podian ofender, ni ser ofendidos. Las Bocas de fuego despejaron brevemente los Terrados. Y Diego de Ordaz, que venia solo à reconocer, y no devia passar à mayor empeño, viendo, que los Enemigos le

fitiavan à lo largo, reducidos à pelear con las voces, y las amenazas, se resolvió à retirarse abriendo el camino con la Espada: y dada la orden, se movió en la misma formacion, que se hallava: cerrando à viva fuerza con los que ocupavan el passo del Quartel: y peleando al mismo tiempo con los que se le acercavan por la parte contrapuesta, ò se descubrian en lo alto de las casas. Consiguióse con dificultad la retirada, y no dexò de costar alguna sangre: porque bolvieron heridos Diego de Ordaz, y los mas de los suyos: quedando muertos ocho Soldados, que no se pudieron retirar. Serian acaso Tlascaltècas; porque solo se haze memoria de un Español, que obrò señaladamente aquel dia, y murió cumpliendo con su obligacion. Bernal Diaz refiere sus hazañas, y dize, que se llamava Lezcano. Los demás no hablan en el. Quedò sin el nombre cabal, que merecia; pero no quede sin la recomendacion de que se puede honrar su apellido. Conoció Hernan Cortès en este suceso, que ya no era tiempo de intentar proposiciones de Paz, que disminuyendo la reputacion de sus fuerzas, aumentassen la infolencia de los Sediciosos. Determinò hazer se la desear, antes de proponer se la, y salir à la Ciudad con la mayor parte de su Exercito, para llamarlos con el rigor à la quietud. No se hallava persona entonces, por cuyo medio se pudiesse introducir el Tratado. Motezuma desconfiava de su autoridad, ò temia la inobediencia de sus Vassallos. Entre los Rebeldes no avia quien mandasse, ni quien obedeciese, ò mandavan todos, y nadie obedecia: Vulgo entonces sin distincion, ni gobierno, que se componia de Nobles, y Plebeyos. Desseava Cortès con todo el animo, seguir el camino de la moderacion, y no desconfió de bolverle à cobrar; pero tuvo por necesario hazer se atender, antes de ponerse à persuadir: en que obrò como diestro Capitan, porque nunca es seguro fiarse de la razon desarmada, para detener los impetus de un Pueblo sedicioso: ella encogida, ò balbuciente, quando no lleva seguras las espaldas; y el un Monstruo inexorable, que aun teniendo cabeza, le faltan los oydos.

Retirase valerosamente.

Con alguna perdida, y muchos heridos.

Murió Lezcano.

Resuelve hazer salida Cortès.

Pueblo sedicioso inexorable.